



Documentos para la historia

## Relación de la provincia de Nuestra Señora de Sinaloa, 1601

Boletín del Archivo General de la Nación, Secretaría de Gobernación, México, primera serie, tomo XVI, núm. 2, abril-junio, 1945, pp. 175-194.

### Nota

Publicamos en seguida el texto completo de una breve y jugosa relación sobre la Provincia de Sinaloa, escrita por uno de los primeros misioneros jesuitas que tuvieron a su cargo la evangelización de las tribus que ocupaban aquellas regiones.<sup>1</sup>

Desde 1564 los frailes franciscanos habían intentado establecer misiones en Sinaloa. Por entonces se fundó una villa llamada San Felipe, formada con algunos españoles y unos cuantos centenares de indios de los recién bautizados. Pero este intento, que había comenzado bajo buenos auspicios, fracasó trágicamente con la muerte que a manos de los indios recibieron los dos únicos misioneros, los padres Acevedo y Herrera, primeros evangelizadores de Sinaloa. A partir de entonces la villa de San Felipe y la Provincia entera quedaron abandonadas a su suerte, hasta que los padres de la Compañía de Jesús se propusieron intentar de nuevo la predicación del Evangelio entre los pueblos bárbaros que habitaban aquellos territorios.<sup>2</sup> Fué el Visitador P. Diego de Avellaneda, quien designó para el desempeño de esa ardua y peli-

grosa tarea a los PP. Gonzalo de Tapia y Martín Pérez. Estos dos jesuitas aceptaron gustosos la comisión y se dispusieron inmediatamente a cumplir con sus obligaciones. Por el mes de mayo de 1591 llegaron a Durango, y en julio de ese mismo año se encontraban ya en la Villa de San Felipe ocupados en los preparativos necesarios para hacer la entrada.

La misión tuvo buen éxito; el P. Pérez se encargó de catequizar a las tribus más inmediatas a la villa, mientras que el P. Tapia se internó río arriba fijando su centro de operaciones en el poblado de Oconori situado a la orilla del río de ese nombre. Dieron cuenta los misioneros a su superior del buen principio de sus trabajos apostólicos, solicitando a la vez el envío de más misioneros que viniesen a ayudarlos. Entrado el año de 1592 llegaron, para ponerse a las órdenes del P. Tapia, los PP. Alonso de Santiago y Juan Bautista Velasco, y desde entonces se organizó en firme la misión jesuitica de Sinaloa, que fué en constante aumento y prosperidad hasta la época de la expulsión en tiempo de Carlos III. No faltaron contratiempos en estos primeros años de la misión, siendo el más grave

de todos la rebelión general de los indios (que al fin pudo conjurarse), acaecida a raíz de la muerte del P. Gonzalo de Tapia, cruelmente asesinado en julio de 1594 en el pueblo de Tevorapa, por el cacique Necaveva.

El documento que ahora publicamos es anónimo, y dado el año en que se escribió (1601) pertenece a la primera época de la misión. Se trata de un informe dirigido por uno de los misioneros a su superior, y parece que es uno de los documentos que sirvió de fuente para alguna de las cartas anuas utilizadas por el P. Alegre para su Historia. No resulta fácil determinar a ciencia cierta quien escribió esta RELACION; puede atribuírse al P. Martín Pérez o al P. Juan Bautista Velasco,<sup>3</sup> ya que el autor afirma haber colaborado personalmente con el P. Tapia en una de sus correrías apostólicas. Sin embargo, dadas las circunstancias a que alude el autor, me inclino a creer que se trata del P. Pérez, pues la noticia de los seiscientos y tantos niños bautizados por el P. Tapia parece que debe situarse en una salida mancomunada de los dos padres, poco antes de la muerte de Tapia.<sup>4</sup>

Este relato contiene una descripción general de la antigua Provincia de Sina-

loa, con muchos datos interesantes sobre las costumbres de los pueblos que la habitaron. En términos generales se confirman las noticias que ya se tenían sobre el particular; pero como en este caso se trata de una narración directa por uno de los principales y primeros actores de los acontecimientos, creemos que el lector agradecerá la publicación de este documento.

E. O'G.

La provincia de Nuestra Señora de Sinaloa corre a lo largo entre occidente y norte, y está, según algunos, en altura de veinticinco grados escasos; tiene a la mano derecha la gran serranía de los Tepehuanes, la cual se dice corre hasta el Nuevo México, y a la izquierda la mar del Sur, cuya costa está poblada de varias naciones, gente pescadora y pobre que ni coge maíz ni algodón; sustentanse de pesquerías que son abundantes de todo género de pescado, camarón y ostia, hácenlas atajando con canales y redes los esteros en plena mar, y a la menguante quedan los peces en seco o en muy poca agua, y con fisgas y flechas sacan mucha cantidad la cual salen a vender a los comarcanos por maíz y algodón. También suelen traer corales en cantidad, aunque no muy finos, cuentas marinas, caracolillos, conchas y nácar, entiéndese hay en algunas partes perlas, no se ha intentado el buscarlas por la poca posibilidad de los españoles que por acá están. La tierra que hay entre la mar y la sierra es llana, fértil y muy poblada así de gente como de arcabucos donde hay mucho brasil, guayacán, raíz de Mechoacán y otras yerbas y árboles medicinales. Es así lo llano como la sierra, abundante de algodón, maíz, frisoles, calabazas, etc; cogenlo dos veces al año, una de temporal con las aguas que son por julio, agosto y septiembre, la otra desde marzo adelante en las riberas de los ríos y lugares húmidos, y casi todo el año siembran y cogen varias cosas en diversos tiempos, en unos lo dicho, en otros: chian, sábi y tzoalle, melones y badeas en cantidad y otras cosas. Es tierra de pocas

frutas porque no las han sembrado, vanse ya sembrando algunas propias de la tierra y algunas de poca importancia, aunque las comen bien los indios; hay muchas tunas a su tiempo, y harta grana aunque no se beneficia; hay abundancia de añil, zapotes blancos, ciruelas coloradas y amarillas y guamuchiles en cantidad y en la costa hay gran suma de pitahayas muy buenas y cardones que se le parecen, de que se hacen vino y comen; hay muchos magueyes de que hacen mezcal y vino, y cuando les falta el maíz se sustentan de cazabe y yucas, que hay harito de esto por los montes y lo beneficián bien y hacen de ello unas pelotas muy grandes y jugosas y dulces, parécense en el color y sabor a las acemitas. No hacen caso de ello cuando tienen maíz; las hojas del cazabe molidas y puestas a secar y después cocidas les sirven a veces de vianda y otras varias legumbres sirven de lo mismo.

Es tierra toda ella de mucha caza de liebres, conejos, venados, codornices que a cada paso se encuentran montones de ellas, hay también muchos puercos monteses que se parecen mucho a los ordinarios de España y son buenos de comer, y otros animales de provecho, hay leones y tigres muchos y bravos, zorras en cantidad.

En los ríos, ciénegas y lagunas hay mucha cantidad de pescado, bagres, lizas, pargos, mojarras, camarones y de peces menudos hay grandísima suma, hay también patos de muchos géneros y otras aves de agua y en la tierra, algunos meses del año, muchas grullas muy grandes; el temple de la tierra es muy llevadero, tres o cuatro meses del año hace calor, y ese se tiempra con las lluvias que son por entonces y con los frescos aires y mareas que corre muy de ordinario; por invierno suele hacer muy buen frío, y aun cuando hace entre día calor, son las noches y las mañanas frescas, y así no andan por acá los hombres abubados y amarillos como en otras tierras calientes, ni hay acá las enfermedades que suele haber en ellas; antes es tierra muy sana y limpia de alacranes, cientopiés, niguas, garrapatas y otras plagas de tierra caliente, ni hay cucarachas, ni chinches a lo

menos yo no he visto ninguna desde que estoy en esta tierra de las ordinarias; cual o cual sí, de las voladoras y rodeleras por los montes; mosquitos suele haber a sus tiempos en unas partes más y en otras menos, pero en comenzando los fríos se acaban ellos, la gente es la más tratable y menos arisca de cuantas he visto en Indias; lléganse de ordinario a conversación chicos y grandes con cualquier español, aunque las mujeres son más retiradas y las doncellas mucho más. Los entendimientos, como de gente criada por los montes, sin policía ni gobierno, sin culto de adoración, y así sus pláticas son muy en concreto. Hállanse pocos vocablos de abstractos en sus lenguas, y por éstos hemos sacado otros y ellos los comienzan a usar y adelgazar el entendimiento, y échase de ver fácilmente que su rudeza es de su educación y no de su natural, que es muy bueno, y así los que se han sacado de esta tierra y trasplantado en otros lugares bien educados han salido muy bien, ellos en los oficios en que los han puesto, y ellas en la labor y costuras; de donde nace ser muy codiciado el servicio de esta provincia y lo estiman en mucho y procuran, y por haberlo sido se han hecho en tiempos pasados muchas injusticias y desafueros. Es gente muy bien agestada y bien dispuesta, muy derechos y relevados de pecho, porque desde niños los empresan y fajan en unas cunillas de cañas; sólo tienen en la cabeza alguna fealdad por falta de afeitada; no se rayan los rostros, solamente se cortan los párpados de los ojos al rededor y así andan como alcoholados y no les está mal; la circunferencia de las orejas se oradan y en los agujeros ponen hilicos de varios colores y en ellos atan orejeras de nácar, corales y varias cuentecillas de colores que les están bien, aunque les estorban para dormir de lado; la fealdad de las cabezas le encubren con las cabelleras, las cuales trensan de diversos modos, y en ellas ponen sus plumajes de plumas rojas, verdes, amarillas, blancas y negras, y las atan con cintas de varios colores y labores; otros traen unas diademas o guirnalda cuadradas de caracolillos asentados sobre cerquillos de palma

entremetidas varias plumas; algunos que alcanzan sombrero se han cortado las cabelleras y los demás harían lo mismo si los tuviesen; las mujeres traen el cabello suelto, solamente se cortan lo que cae sobre la frente y así traen descubierto el rostro; en algunas partes de la sierra se trenzan ellas el cabello, la mitad con una trenza y la mitad con otra y cuélgales por la delantera, que parecen cuernos caídos.

Las vestiduras de ellas son una manta de algodón doblada por faldellín; las ordinarias de ellos, las de Adán con una cinta por pretina, sin camisa ni sayo y unos cenojiles sin medias, y por luto se quitan la pretina y ligabambas y se trasquilan, y así quedan bien ligeros, aunque suelen traer una manta con que cubren todo el cuerpo. Vanse algunos vistiendo, y fácilmente lo podrán hacer como vayan cayendo en la cuenta; son trabajadores todos y gustan más de trabajar para sí que para los españoles, y más sin paga, y algunas veces la llevan de palos y coscorriones, y así son tenidos por holgazanes. Su comer ordinario es por la mañana y luego se van a sus milpas y trabajan parte del día, y lo que les sobra de él lo gastan en otras obras manuales de casa o en jugar, y cenan a la noche; también suelen comer entre día si se lo dan; pero lo más ordinario es almorzar y cenar.

En negocio de guerra valen los más valientes muy poco: sus saltos son a traición y en gente desmandada, y si les hacen rostró no gustan de ponerse en peligro, porque se quieren en mucho y no sienten menos cualquier rasguño, por ser muy tiernos de carona; que es de notar, por andar desnudos, y causalo el temple de la tierra y el bañarse muy a menudo en los ríos, que son de muy buena agua; mas son muy temidos por ser muchos y traidores que por ser valientes, y así los soldados de esta tierra no curan mucho de armas de caballos, ni de cubrirse el rostro con mallas, porque si no es a cosa hecha no se acercan mucho.

Tienen grande ojadiza contra sus enemigos, y en matando alguno le cortan los cabellos con que hacen sus mitotes; borceñan la boca a la redonda y pónensela por brazalet; suelen cortar

la cabeza de ordinario, y algunas veces los brazos y pies y cocerlos, y con los huesos, bailan, y la carne danla las viejas a bocaditos a quien les parece, y comen de ello, aunque poco; lo demás del cuerpo lo dejan en el campo. Algunos se confiesan que han comido carne humana, y preguntados que si les sabía bien, responden que no, sino que la comen por la costumbre usada entre ellos. Pocas veces acometen a los que están en poblado, aunque sean los pueblos chicos; pero por sí o por no, en cada población de las de más adentro hay una casa fuerte de piedra y terrada, que las demás son de petates o paja, donde se recogen en los rebates repentinos; en otras partes hay fuertes donde se meten, y alrededor, por los caminos, hacen hoyos grandes del cuerpo de un caballo y fijan en ellos estacas, las puntas hacia arriba y cubrenlos de paja para que caigan en ellos, y de esta manera suelen también coger las vacas, haciendo hoyos en los caminos por donde van a beber, y en otros menores cazan los venados. Por los caminos suelen clavar estaquillas enarboladas para que se estaquen los enemigos. Es la yerba fortísima y muy ponzoñosa, la mejor contrayerba que tienen es chuparse las heridas y así mueren pocos de ella. Sus armas son arcos y flechas de varias formas, unas esquinadas, otras con muchos arpones, otras de pederñal y de casquillo postizo de hueso, que sacada la vara se queda él dentro; también usan lanzuelas de brasil y macanas bien pesadas, las cuales suelen tirar de lejos, y son muy certeros; algunas de estas macanas son todas de palo, otras tienen las porras de piedras bien encajadas en palos.

Entre sí viven en mucha paz, y los más de sus enojos paran en palabras y en apartar su casa de la del con quién riñó si la tenía junta; y si alguna vez vienen a las manos que es pocas veces y esas por el juego, se averigua a puñadas, y los circunstantes si los están mirando y diciendo: oh qué buen puñete que le dió; ya se vecha mano de las grefias, &, sin haber quién los ponga en paz hasta que de cansados se apartan. Las mujeres suelen darse muy buenas vueltas de cabello, rasguños y bocados

cuando riñen por sus maridos o sobre el juego, y suelen aporrear muy bien a sus maridos si se enojan y quebrarles los arcos y flechas, y ellos se están como unos borricos sin defenderse ni hacerles daño, porque tienen por afrenta poner en ellas las manos; el mayor castigo que les suelen dar es dejarlas y tomar otras.

Tienen en cada pueblo alguno a quien obedecen en lo que quieren y les está bien, como es en hacer vino cuando se lo manda y en cosas de guerra; en lo demás cada uno vive por sí sin más gobierno ni policía. Los pilos, Hoc est, principales, suelen ser de ordinario médicos que los curan con varias yerbas y medicinas simples, y lo más ordinario con chuparles, con algunas supersticiones para engañarlos fingen que chupádoles les sacan del cuerpo cabellos, puntas de flechas, gusanos, pederñales, conchuelas y otras baratijas, con las cuales dicen los han enhechizado sus enemigos, metiéndoselas en los cuerpos sin que los sientan; páganle su trabajo con mantas, plumas, cuentas y algodón, y con esto mismo contratan y compran lo que han menester, no usando de plata ni la tienen, y lo que más estiman es hierro, cuchillos, hachuelas y coas &., y unas pedrezuelas verdes que se parecen a los chachiuities mexicanos. Por un cuchillo carnicero, aún por una herradura dan un gran costal de maíz, o medio y más frisoles, y esto cuentecillas, cascabeles y agujas, es la moneda que por acá corre, aunque ya van conociendo la plata y estimándola.

#### Notas

<sup>1</sup> Se trata de un manuscrito sin registro que se conserva en este Archivo y provisionalmente incluido en el legajo de documentos publicados en el Boletín.

<sup>2</sup> Además de las fuentes usuales para la Historia de la Compañía de Jesús en la Nueva España, puede consultarse sobre las misiones de Sinaloa el resumen en "La Obra de los Jesuitas Mexicanos" del P. Gerald Decorme, T. 2, pp. 147 y sigts. También véase una serie de documentos relativos a Sinaloa en T. 15 Ramo de Historia de este Archivo.

<sup>3</sup> Hay que descartar al P. Alonso de Santiago, porque se sabe que tres años después de su llegada se retiró de la misión.

<sup>4</sup> Véase Decorme, op. cit. pág. 157.